

CRÍTICA DE MÚSICA



Esteban Linés

Belleza espiritual, magia poética

Sucesión de pequeñas piezas de orfebrería donde manda el tono grave, la instrumentación calmada, los ecos vocales de profundidad trascendental y, claro, unas letras que han motivado –y siguen haciéndolo– todo tipo de hipótesis. Ese enfoque de trascendencia que Leonard Cohen ha querido reflejar en su nuevo álbum y trasladarlo al oyente/aficionado, no es sino una continuidad de su propio estado anímico y de un discurso reflexivo que ha aparecido intermitentemente en su cancionero a lo largo de los años. Coger al pie de la letra algunas de las reflexiones o máximas que incluye, por ejemplo y nada más empezar, en el primer corte que abre el álbum y le da nombre, es pensar precipitada y erróneamente que el venerado cantante



Leonard Cohen

YOU WANT IT DARKER
SOUL-CANCIÓN/★★★★
SONY

se está despidiendo del mundo terrenal y le invoca al Señor.

Un mínimo seguimiento de la lírica y temática que ha elaborado y vertido el maravilloso bardo a lo largo del tiempo, permite ver que este álbum es una puesta al día de su decálogo vital. La cobertura sonora de esta sucesión de recitados –prácticamente monocordes, sin mayores modulaciones– es responsabilidad de su hijo y sigue la ortodoxia y los cánones de sus últimas producciones. Impecable en la instrumentación, aunque excesivamente visibles las segundas voces femeninas, el traje sonoro no hace sino resaltar en el profundo control que posee Cohen de la voz, del tempo, del silencio y de la entonación. Hermosamente espiritual, profundamente poético... y presto a seguir adelante.



Norah Jones

DAY BREAKS
JAZZ-SOUL/★
BLUE NOTE

■ En el anunciado regreso de la hija de Ravi Shankar al jazz, solo destaca una monótona voz que sirve para amenizar antes que excitar. Canciones propias de esquemática básica, innecesario *cover* del *Don't be denied* youngiano y algunos invitados que dan lustre.



Resolution 88

AFTERGLOW
JAZZ FUNK/★★★
SPLASHMUSIC

■ A partir de los infecciosos teclados de Tom O'Grady, el cuarteto ofrece una sucesión de revitalizantes y rítmicas porciones de acid-jazz y jazz-funk que rememoran los gloriosos aromas de los noventa, sensaciones ahora tan difíciles de reencontrar.



Sisa

MALALTS DEL CEL
CANCIÓN/★★★★
SATÉLITE K

■ Finaliza esta maravillosa sucesión de poemas y reflexiones cantadas –con ritmo, con instrumentación que recuerda la profundidad en el tiempo de su obra, con una voz directa al corazón– del modo más lógico: “s'ajuntaven els malalts del cel, ideals utòpics i visions”.

CRÍTICAS

Las luminosas mentiras

TEATRO

Gente bien

Autor: Santiago Rusiñol. Adaptación, guión y dirección: Jordi Milán
Lugar y fecha: Coliseum (17/X)

JOAN-ANTON BENACH

Persistente, imparable, eternamente joven, la carcoma del engaño se volvió a desvelar cuando La Cubana empezaba a preparar su nuevo espectáculo. La carcoma del timo es como un virus juguetón escondido en el sistema circulatorio de este incombustible fabricante de bromas teatrales que se llama Jordi Milán.

La otra noche, cuando se estrenó en el Coliseum *Gente bien*, y cuando se anunciaba que estábamos asistiendo a una función previa –ya que el estreno oficial tendría lugar más adelante en el Tívoli– un servidor recordaba que ahora hace treinta años Jordi Milán hacía llover sobre el público recién empezada la representación de *La tempestad* de Shakespeare, en Sitges. Y que ya unos años antes, el hombre se paseaba en medio de la concurrencia de Tàrrrega regalando monedas y avisando con un letrero en la pechera que era un afortunado millonario, mientras toda la compañía multiplicaba el juego de los disparates con las de Cubana's Delikatessen.

Aunque el sonido muy amplificado del espectáculo hubiera hecho bien inteligible la totalidad de los diálogos de *Gente bien*, a menudo demasiado empastados, el texto completo del sainete de Santiago Rusiñol –ya saben, aquella comedia de 1917 que ridiculizaba a la alta burguesía catalana por adoptar el castellano como distintivo obligado de su clase social–, el texto completo, digo, no habría dejado de ser un puro pretexto, una “excusa



DAVID RUANO

Un momento de la obra de La Cubana

fantástica” como admite La Cubana, para construir el musical y, al mismo tiempo, un generoso recordatorio del peculiar sentido del humor de la compañía. Y sin duda, este segundo aspecto hace de *Gente bien* una diversión colosal que hay que añadir a la retahíla de sátiras *rusiñolescas*. Un complemento festivo inteligente, provocador de saludables risotadas.

‘Gente bien’ nos devuelve el antiguo aroma de una compañía incomparable, nacida hace 36 años

Eso quiere decir que, con independencia de que se aplaudan más o menos las coreografías musicadas por Joan Vives y se celebren con las befas del clásico, las aportaciones de las *teresines* Mercè Comes y Mont Plans, formidables, el

guión pensado por Milán proponga unos paréntesis hilarantes con supuestas incidencias que alteran el desarrollo normal del espectáculo. Si el coro de Manlleu no ha podido llegar a tiempo al Coliseum, el público tendrá que suplirlo e interpretar una vuelta frívola –¡que se hable, que se hable!– la cual, sin haberla ensayado, es una olla de grillos. Y si se ha estropeado la máquina, carísima, de hacer bailar los muebles de una estancia nobiliaria, habrá que pedir voluntarios que consigan el mismo efecto mientras se celebra la coreografía de *Los muebles*. Y el espectador no sabe si agradece más la falsa incidencia o la seriedad con que Milán lo explica y pide el remedio para salir del paso.

He ahí, pues, que, además de las virtudes del musical comentadas en esta sección el día 18, el día siguiente de su estreno, *Gente bien* nos devuelve el antiguo aroma de una compañía incomparable, nacida hace 36 años para edificar luminosas mentiras destinadas a la gran mentira teatral.●

La esperanza

CRÍTICA DE CLÁSICA

Orquesta del Gran Teatre del Liceu

Intérpretes: Martin Owen, trompa; Josep Pons, director
Lugar y fecha: Palau de la Música (21/X/2016)

JORGE DE PERSIA

Como espectador, agradezco haber podido asistir a este concierto. Porque después de haber escuchado no sólo el *Fiat Lux* de Joan Guinjoan, sino el formidable trabajo de la Orquesta del Liceu, por un momento se despejaron, con la esperanza, las tinieblas que nos invaden. Una pena que las autoridades del Liceu no hayan podido estar allí, y no hablemos de las políticas...

Y Wagner, como en aquellos tiempos de verdadera construcción en que se levantó este magnífico templo de la música que es el Palau, hizo que sus butacas se identificasen a las del Liceu. Y que sus rincones de la memoria –no es nada frecuente que sueñen aquí estos Wagner– vibrasen seguramente con los fragmentos del *Tristán* que abrieron el concierto y con los de *La caída de los dioses* que lo cerraron.

En medio, el anodino *Concierto para trompa n.º 2* de Strauss, escrito en plena guerra, artilugio de neoclasicismo, en buena versión del solista Owen.

Salvo el Strauss, que quedó en la sombra, se iluminaron las Valquirias que coronan el escenario. Y no es un juego de palabras, porque todo el concierto estuvo presidido por el estreno absoluto del poema sinfónico *Fiat Lux* de Guinjoan de muy reciente factura que preludia sus 85 años. Otro ejercicio de voluntad, esperanza y arte. Una obra que culmina de momento la trilogía de temática científico-musical

abierta con *Verbum*. Guinjoan, que forma parte de una generación ilustre de compositores catalanes junto a Josep Soler, o Xavier Benguerel entre otros, se planteó esta obra sinfónica en 2015, Año Internacional de la Luz.

El verdadero camino se abrió con la luz de un poema escrito por Antoni Clapès que iluminó recuerdos de la vida –de los amaneceres en Riudoms natal, y hasta incluso de los sonos del viejo acordeón de los días jóvenes. Y la partitura tiene muchas referencias a ello. El compositor decía que “quiero escribir algo que suene a Guinjoan” y logró una obra que, al margen de artilugios técnicos y de una escritura por momentos magistral, suena maravillosamente a música, se desliza en ese difícil terreno de la comunicación. Y no utiliza el recurso de la eclosión estridente para hacer la luz, sino que la va pintando como en aquellos amaneceres, escondiéndola ante la tormenta, y valorada en sus mínimas esencias que aportaban entonces los elementales faroles que guiaban la vida y el trabajo. Hay esplendor, sí, pero sutil y artístico. Gracias.

Otro tema es la evidencia de compromiso y de dignidad de estos músicos que con su director van construyendo una buena orquesta. El paso del foso al escenario nos ha dejado momentos de alta calidad musical, de mucha profesionalidad visible en estos Wagner.

El oboe solista, estupendo músico, comenzó con un problema en su instrumento, que pronto disipó con una actuación de primera, y las trompas, y el trabajo del clarinete solista –el programa de mano con tanto espacio no pone sus nombres–, y de la cuerda o el resto de los metales. Un gran trabajo de dirección con intensidad, color y musicalidad.●